

UN PEQUEÑO GRAN ACTO

Siendo niño me apuntaron a un campamento de ecologismo que se organizaba cerca de casa. Por aquel entonces vivíamos en la ciudad. Me pareció una iniciativa ridícula. Yo escuchaba a diario noticias sobre incendios, contaminación, calentamiento global, y me convencía de que el ecologismo era una lucha lejana, una labor para activistas, como los que aparecían en el telediario lanzando sopa de tomate a obras de arte.

Finalmente acudí a regañadientes. Fuimos a un descampado yermo y plantamos algunas semillas. Tengo entendido que, para otros niños, supuso un momento de concienciación: desde entonces asumieron la tarea de revivir aquel erial, acudiendo regularmente a regar y fertilizar la tierra. Yo me fui y olvidé aquellas semillas; hasta hoy, diez años después.

El descampado es ahora un parque espléndido. Aquellos niños lograron hacer crecer la vegetación y el ayuntamiento decidió aprovechar el terreno frondoso. Ahora, tumbado sobre el césped, escribo bajo la sombra de un robusto manzano.

Y comprendo que por algo hay que empezar. Por nimio que parezca, antes que querer salvar el mundo, se debe actuar en la medida de lo posible. Aquellas semillas, aquel poco de agua sobre la tierra maltratada, eran en verdad una cosa muy grande.

LuciFer